

El nuevo pensamiento social latinoamericano*

Lucio Oliver Costilla

Resumen

Para el autor, el debate teórico es imprescindible para superar la descripción que sólo alude a "lo que no es o no ha podido ser América Latina". En esta óptica, propone ejes para una discusión que, sin perder de vista la realidad concreta que enfrenta la región, aborde los problemas también desde el campo de la teoría, paso ineludible para la construcción de alternativas reales. Esto que es un reto para los latinoamericanistas significa, en esencia, recuperar y dar continuidad a los avances acumulados por la teoría crítica latinoamericana.

Abstract

According to the author, a theoretical debate is crucial to overcome descriptive studies that solely allude to "what is not or cannot be Latin America". In this perspective, the author proposes axes for discussion that, without losing sight of the concrete reality that faces the region, takes issue with the current problems the latter faces. In his analysis, Oliver examines these problems using a theoretical approach, which is indispensable to construct real alternatives. The challenge for latinamericanists is thus to reiterate and to push forward the accumulated progress made in critical Latin American theory.

I

Por su propia naturaleza el pensamiento social crítico latinoamericano ha estado encaminado a subrayar las inquietudes sociales relevantes de la región, a recogerlas como temas de la reflexión y a desarrollarlas en tanto problemas de la teoría social de América Latina. La labor teórica y de análisis de los Estudios Latinoamericanos busca adentrarse en los problemas y determinar su dinámica. Trabajar teóricamente es, sin duda, determinar lo propio de nuestros asuntos y el significado de fondo de nuestra reproducción económica, de nuestros conflictos sociales, de nuestras instituciones políticas y de nuestras maneras de pensar.¹

* Ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, ciudad de México, 2-6 de octubre de 1995.

¹ Los artículos juegan un papel pionero en la producción teórica en comparación con los textos mayores. Sin embargo, se ha planteado la crítica a la producción de los primeros aduciendo que en el pensamiento social latinoamericano se ha abusado de ellos como forma privilegiada de reflexión muy ligada a intereses políticos de coyuntura. En realidad, no existe contradicción alguna entre el ensayismo teórico y el trabajo científico amplio en obras mayores, en los casos en que el primero propone los aspectos iniciales que habría que desarrollar a profundidad en las segundas. La dificultad que se ha sugerido —de que en los ensayos se

El gran reto es el necesario trabajo teórico, esto es, darle a los problemas un horizonte explicativo que capte la dinámica que los rige, construir categorías y relaciones que determinen lo que existe, al contrario de lo que ha sido predominante en el pasado: apuntar lo que no somos o lo que no hemos llegado a ser.² Así, es evidente que no somos sociedades desarrolladas, industrializadas, autónomas, integradas, modernas; nuestras clases no son categorías económico sociales acabadas y puras, nuestros Estados no son independientes, soberanos, unitarios y populares; y nuestras instituciones no son estables ni eficaces para integrar el conflicto social. El pensamiento social latinoamericano tiene ante sí como objetivo esencial plantear una caracterización específica de lo que hemos llegado a ser, de cómo se ha constituido nuestra especificidad y de su vínculo con lo universal. Regionalizar y nacionalizar las teorizaciones universales es precisamente ese proceso de determinar nuestras particularidades y crear dentro de universos culturales globales nuestras propias categorías explicativas, así como ubicar precisamente los elementos portadores del cambio, del desarrollo popular, nacional y universal.³

En la perspectiva anterior quiero revisar algunos acontecimientos realmente significativos para América Latina de los años ochenta y particularmente de los noventa para vincularlos con la construcción teórica de problemas relevantes de nuestro desarrollo dependiente latinoamericano. Se trata de aproximaciones iniciales, de hilos con los cuales construir una red de apreciaciones sobre nuestra realidad de fines de siglo.

II

Las últimas dos décadas han registrado acontecimientos severos que han convulsionado a la mayoría de las sociedades de la región y han asombrado a quienes suponían que tras la transición a la democracia, un grado razonable de cultura y una expansión económica compleja acumulada de la industria, nuestros países se irían encaminando hacia un periodo prolongado de estabilidad y desarrollo social. No ha sido así y la región se hubo adentrado en un estanca-

hace seguidismo político y no elaboración científica tiene más que ver con una manera de pensar poco crítica y más justificativa y explicativa que con el medio en que se expresa el pensamiento. Existen también libros explicativos y justificativos.

² Esta inquietud propia de intelectuales originales y creativos como José Carlos Mariátegui o José Revueltas, ha sido posteriormente una característica de la sociología radical latinoamericana de los años sesenta y setenta. Hoy vuelve a aflorar en los estudios de la generación joven de la región.

³ Antonio Gramsci es uno de los pocos autores cuya obra, de carácter nacional y universal, al mismo tiempo estuvo regida por ese intento de establecer lo específico. Véanse sus escritos políticos previos a *Cuadernos de la cárcel*, en particular sus conocidas "Tesis de Lyon", de 1925/26, en varias ediciones.

miento económico (la década y el lustro perdidos), en crisis políticas agudas (destitución y juicio político a presidentes, golpes de Estado disfrazados, magnicidios y luchas intestinas abiertas) y en indicadores severos de deterioro social (índices de pobreza que según los indicadores de instituciones conservadoras alcanzan 60 por ciento, violencia social sin control estatal).

Los científicos sociales de la región han buscado reflexionar de manera renovada en las causas y naturaleza de dichos acontecimientos, aun cuando la mayoría —en vez de ubicar los hechos más graves en construcciones teóricas sólidas— ha sobrepuesto al análisis su expectativa de que las políticas de ajuste terminarán por traer una época de mejoras y de que en los principales actores de la región existe una supuesta voluntad de tránsito democrático y evolución política cultural.⁴

Estancamiento y pobreza

Entre los hechos determinantes está en primer lugar *una situación de estancamiento económico sumamente prolongado de la absoluta mayoría de países de la región* (en promedio de diez a quince años), y un incremento inusitado de los índices de pobreza, hechos vinculados no por azar con un crecimiento de la deuda externa, una profunda crisis agraria, un aumento de la tasa de desempleo y subempleo, un aumento de la tasa de marginalidad y una destrucción de la planta industrial de pequeña y mediana industria orientada al mercado interno. Todo ello marcado por una creciente desigualdad y polarización social y una oligarquización de la economía y la política.

¿Cómo se explica teóricamente este deficiente o nulo crecimiento económico y el aumento de la pobreza cuando es evidente que a la par existen recursos humanos y materiales disponibles inutilizados? Por otra parte, ¿qué repercusiones tiene en la conciencia social este deslizamiento al cuarto mundo de una región otrora en vías de desarrollo? ¿Qué significa en tanto dignidad humana y social y en tanto presente y futuro para las nuevas generaciones? Haití ha sobrevivido durante décadas no obstante ser una economía de subsistencia. América Latina puede sobrevivir en el deterioro social más absoluto, pero ¿acaso

⁴ Entre los núcleos de estudio que para los años ochenta ejemplifican este tipo de análisis se encuentran gran parte de los grupos de CLACSO, a cuya cabeza se han encontrado tanto Fernando Calderón como Mario Dos Santos, o el grupo de FLACSO de Chile. Véase el libro, *Veinte tesis sociopolíticas y un corolario de cierre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; o los artículos de Tomas Moulian y Antonio Garretón sobre la transición del autoritarismo a la democracia. También la colección sobre América Latina que dirigen Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (comp), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Argentina, Ed. Paidós, 1988.

no significa eso para la mayoría de quienes habitamos el subcontinente un verdadero drama histórico?

Los discursos oficiales de las instituciones asociadas con los gobiernos insisten en la necesidad de seguir tratando de conformar un área económica de reconversión industrial y de alta productividad capaz de impulsar el desarrollo regional y nacional. La viabilidad de ello la ubican en el ejemplo chileno, el cual debía ser estudiado con profundidad y con una perspectiva crítica debido a que detrás de indicadores insólitos de crecimiento del producto nacional bruto por las exportaciones, se trata de una economía altamente dependiente, que ha devenido cada vez menos industrial y con una profunda desigualdad social.

Teóricamente el problema de la grave situación económica y social de América Latina de los últimos quince años podría determinarse considerando que el estancamiento de la economía y la elevación galopante de los índices de pobreza son un resultante de *una nueva forma y una nueva fase del capitalismo dependiente latinoamericano*, que no combate sino que mantiene y refuncionaliza diversas relaciones de opresión y explotación en nuestras sociedades.⁵ El subdesarrollo de la región no es en sí una novedad. La sociología latinoamericana de los sesenta y setenta avanzó sensiblemente al establecer que "la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial".⁶ Bajo el proceso de integración monopólica de los años sesenta y setenta se registraron los milagros mexicano y brasileño caracterizados precisamente por altas tasas de crecimiento económico, un incremento del bienestar social y una disminución del desempleo y subempleo. No obstante, la organización productiva del capitalismo dependiente llevaba en germen el estancamiento posterior y las consecuencias sociales de su propio crecimiento:

La burguesía industrial latinoamericana evoluciona de la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas y da lugar a un nuevo tipo de dependencia, mucho más radical que el que rigiera anteriormente. El mecanismo de la asociación de capitales es la forma que

⁵ Tal como se menciona en el Documento Complementario que presentaron en 1995 los asesores e invitados por la Delegación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, de México, en la mesa de Derechos y Culturas Indígenas:

La relación del Estado nacional mexicano con los pueblos indios ha estado marcada por la explotación, la opresión, la discriminación y la segregación de esos pueblos. En consecuencia, la situación de marginalidad y extrema pobreza de los indios es causada por razones estructurales y por la carencia de libertades para esos pueblos, a quienes se les ha negado incluso el derecho a vivir y a reproducirse como pueblo.

La pobreza de los pueblos indios no es resultado de sus culturas y del llamado por el gobierno "rezago histórico", sino de los sistemas de opresión y explotación a los que han sido sometidos desde hace 503 años. Documento que presenta el Grupo de trabajo Comunidad y Autonomía; Derechos Indígenas, pág. 1.

⁶ Ruy Mauro Marini. *Subdesarrollo y revolución*, México, Ed. Siglo XXI, 1980, p. 3. 10ª ed.,

consagra esta integración, la cual no solamente desnacionaliza definitivamente la burguesía local, sino que unida como va a la acentuación del ahorro de mano de obra que caracteriza al sector secundario latinoamericano, consolida la práctica abusiva de precio (que se fija según el costo de producción de las empresas tecnológicamente más atrasadas) como medio de compensar la reducción concomitante del mercado. El desarrollo capitalista integrado acrecienta, pues, el divorcio entre la burguesía y las masas populares, intensificando la sobreexplotación a que éstas están sometidas y negándoles lo que representa su reivindicación más elemental: el derecho al trabajo.⁷

La subordinación económica a una nueva división internacional del trabajo a partir de la segunda posguerra —en la que América Latina empezó a producir bienes de consumo suntuario e intermedios básicos para las clases medias y altas nacionales y extranjeras, a partir de la sobreexplotación del trabajo y la disminución del consumo popular— implicaba ya desde entonces una agudización de la concentración de capital, una acumulación local basada en altas tasas artificiales (políticas) de ganancias, una sobreexplotación del trabajo asalariado y una tecnología de punta ahorradora de mano de obra. La integración monopólica del capital extranjero y nacional consolidó esta tendencia. De ahí la situación de dependencia y subordinación absoluta de nuestra economía a los ciclos financieros, productivos y de mercado del capitalismo desarrollado así como un creciente desempleo y subempleo.

En los años ochenta las exigencias que los gobiernos de las siete economías mayores del mundo imponían a América Latina para cubrir el incremento de la deuda externa, y las exigencias de una reforma neoliberal del Estado significaron una nueva forma de dependencia: aquella que siguiendo la tendencia anterior acentúa el dominio de las grandes corporaciones tecnológico-financieras, desnacionaliza las grandes industrias locales, acelera el proceso de integración monopólica entre nuestras economías y las economías de capitalismo desarrollado, destruye la pequeña y mediana industria, liberaliza el mercado nacional e incrementa la sobreexplotación del trabajo a la vez que lanza a la calle a millones de trabajadores.

A partir de lo dicho encontramos que los fenómenos que alarman a la gente sensible y pensante de América Latina tienen una explicación profunda y no circunstancial, lo cual significa que el problema está vinculado con nuestra situación de capitalismo dependiente condicionado por la integración financiera y monopólica al capitalismo mundial.

Existen en el pensamiento social de nuestra región explicaciones del subde-

⁷ *Ibid.*, p. VIII.

sarrollo, de la marginalidad, del atraso y del tipo específico de capitalismo latinoamericano que dan cuenta de las razones por las cuales sufrimos un deterioro económico y social creciente. ¿Por qué sustituimos dichas construcciones teóricas por lugares comunes o expectativas neoliberales sobre la transitoriedad del estancamiento y la pobreza de la región? La globalización no ha transformado nuestra situación dependiente ni nuestras características de economía condicionada por el capitalismo mundial. Por el contrario, ha significado la entrada a una nueva fase y una nueva forma de dependencia, en la que muchos fenómenos típicos, definidos como característicos del subdesarrollo, se han agudizado por el predominio de los intereses y las dinámicas especulativo financieras de nuestra integración capitalista monopólica con Estados Unidos.

La sustitución de nociones teóricas críticas asociadas al problema del desarrollo-subdesarrollo por conceptos como ortodoxia, competitividad, control de la inflación, reconversión productiva, flexibilidad laboral, calidad total, nos está llevando a una visión empirista e inmediatista de nuestros problemas en vez de contribuir a explicarlos y a definir las alternativas.

Globalización

Asociado con lo anterior hay un acontecimiento que requiere reflexión. La aplicación del neoliberalismo en América Latina ha sido asociada a una concepción ideológica y política que entiende la globalización capitalista como una fase inevitable, con una fisonomía rígida y unilateralmente vinculada al libre mercado, ante la cual los proyectos de Estado-nación y de economía industrial y agraria protegidas y orientadas al mercado interior se presentan unilateralmente como un fracaso y un resabio premoderno. Las políticas de ajuste económico, liberalización comercial, privatización de las empresas públicas, desregulación de la economía, bajos salarios y achicamiento del Estado se asocian con una concepción de reordenación económica mundial basada en el predominio absoluto del libre mercado como medio adecuado de asignación de los recursos y ordenamiento económico y social.

La historia de la América Latina de los últimos dos siglos ha mostrado que para contrarrestar la precariedad económica y la débil y distorsionada acumulación de capital local, la región ha necesitado proyectos políticos de desarrollo nacional que exigen medidas políticas estatales, recursos colectivos y un esfuerzo consciente de desarrollo. El libre mercado significa para América Latina someterse a la fuerza de los grandes monopolios y al dominio del capital transnacional, cuyas economías de escala, eficiencia tecnológica, concentración financiera y costos de producción son infinitamente más ventajosos que los nuestros.

Habiendo tenido el capitalismo una dinámica de propagación universal, habría que preguntarse qué obstáculos ha tenido el mercado en nuestra región para ser libre. Ellos están asociados, por un lado, a los resabios precapitalistas comunales y oligárquicos, que por lo demás no preocupan tanto a los ideólogos del neoliberalismo debido a que las transnacionales usufructúan dichos resabios; por otro, a las determinaciones estatales para impulsar proyectos de carácter nacional popular que implican una concepción social de la distribución de los recursos y de orientación de las inversiones. Dichos proyectos no se fundamentan en criterios basados en la ganancia y la acumulación de capital, sino en concepciones de desarrollo social.

Valorar adecuadamente el papel cumplido por los Estados desarrollistas en América Latina no conlleva regresar a ellos sin más. No obstante sus aportes a la industrialización y al desarrollo nacional del pasado, la legitimidad actual de un Estado rector ha decaído por razones parecidas a las que afectaron a la experiencia del socialismo real. En América Latina la gran mayoría de los proyectos estatales han estado conducidos por una burocracia anormalmente extensa, autonomizada y corrupta, basada en una propiedad pública dirigida por una oligarquía política. La crítica a esas experiencias estatales podría hacerse desde el punto de vista del interés social y popular, en la dirección de disminuir la presencia burocrática del Estado e incrementar el control social y la participación popular en la dirección sobre el proyecto nacional. No obstante, lo que ha predominado es el enfoque liberal de culto al mercado y a la propiedad privada que oculta y manipula los problemas de la desigualdad social y la concentración neooligárquica de poder económico y político en las sociedades modernas, así como la brecha creciente entre los países desarrollados y los países dependientes, para no incluir en esta enumeración otros problemas como la sobreexplotación y la enajenación de los trabajadores.

La globalización, en tanto nueva fase del capitalismo mundial, así como la formación de bloques económicos bajo dominio de una determinada potencia, incluye tendencias a la universalización de la producción y de la fuerza de trabajo (la fábrica mundial) que seguramente le dan un nuevo contenido al funcionamiento de la ley del valor. En ese sentido la globalización expresa tendencias universales inevitables asociadas con el inicio de un nuevo ciclo largo de expansión de la acumulación capitalista (aun cuando en América Latina se viva una situación declinante del viejo ciclo dirigida por el capital financiero en menoscabo del capital productivo). Lo que es indudable es que la forma liberal capitalista de la globalización es la nueva manera de dominio del capital transnacional en el que América Latina se inscribe de manera aún más dependiente. Nuestros gobernantes actuales resumen muy bien la propuesta neoliberal al sostener a toda costa que la política económica tiene que girar en torno de

dos ejes igualmente dudosos: la apertura indiscriminada a las inversiones extranjeras y la permisibilidad absoluta al circuito financiero internacional.

El problema teórico es poder imaginar y darle cuerpo a otras formas de globalización en las cuales la inserción económica y política de América Latina al mercado mundial pueda tener un carácter regional y subregional y un contenido de beneficio social y popular. Una globalización social y democrática de carácter comunitario en la cual el capital esté sometido a diversos controles sociales. Para ello hay que entender la globalización más allá de su sentido económico productivo para asumirla como parte de una nueva viabilidad político cultural de nuestras sociedades. Después de década y media de estancamiento económico y de predominio de políticas neoliberales, América Latina sigue signada por una preocupante tendencia a la marginalidad económica y política.⁸

Narcotráfico y armamentismo

Se han entronizado en la dinámica latinoamericana fenómenos nuevos propios de una acumulación de capital que bien podría llamarse "enferma" y que no obstante forma parte de la normalidad económica de la región. Contra todos los discursos, dicha economía es alentada y aceptada por los gobernantes locales y los de los países desarrollados: la producción y el tráfico de drogas y de armas. Eso ha generado núcleos de poder económico y político que degradan a los Estados, corrompen a las burocracias, desestabilizan a los sistemas políticos y se traducen en una pérdida de valores sociales y en una degradación moral. Quizá para los campesinos sin tierra y sin recursos y para los informales sin trabajo signifique una opción pragmática de subsistencia ante la falta de alternativas realistas. Pero para quienes organizan y dirigen esas economías ilegales y para quienes comparten y solapan desde el poder el usufructo de las mismas, significa imponer en nuestra región una dinámica política que propicia degradación. Además, eso pone a nuestras sociedades en la situación de sufrir las consecuencias de la narcopolítica de Estados Unidos, una forma más de violación de nuestra soberanía.

Aún está por valorar la parte económica que corresponde en la acumulación de capital de la región a esas economías ilegales. Y habría que pensar el significado que tiene el que no haya Estado en la región —quizá exceptuando en un cierto sentido a Cuba— que realmente se proponga combatir el fenómeno. Por el contrario, el entrelazamiento de la economía del narcotráfico con los espacios de poder político crece con el tiempo y produce su propia descompo-

⁸ Véase Ruy Mauro Marini. *Democracia e integración en América Latina*, Venezuela, Ed. Nueva Sociedad, 1993.

sición, al parecer sin respetar nada. Los casos actualmente de primera plana de la burocracia mexicana y colombiana son acaso sólo los más representativos.

Neoconservadurismo popular

Teóricamente hay otro problema, propio de un aspecto esencial –cultural– del desarrollo social: ¿qué significan las posiciones neoconservadoras de las poblaciones trabajadoras de nuestra región, ya que no puede ignorarse que dichas poblaciones crecientemente van tomando conciencia de su situación desventajosa en el ámbito mundial, de una impotencia prolongada y de que los modelos y las políticas que propone la tecnocracia dirigente no cambian esencialmente la situación y las tendencias? Además de las consecuencias evidentes en términos de un incremento de la desprotección económica y social, de la violencia e inseguridad de los individuos, de surgimiento de nuevas enfermedades de la pobreza y de crisis políticas generalizadas (Collor de Mello, Carlos Andrés Pérez, Salinas de Gortari, Alberto Dahik, Ernesto Samper), habría que pensar teóricamente en las consecuencias de dicho deterioro social para la vida en su conjunto.⁹ Los países centroamericanos nos muestran un ejemplo muy cercano en cuanto a la degradación social: en El Salvador, Nicaragua y Guatemala han resurgido formas de violencia y robo que se suponían desterradas desde hace tiempo. Y en Venezuela, México, Perú y Colombia las crisis políticas no encuentran reales alternativas.

No obstante lo anterior, las poblaciones no parecen inclinarse a luchas sociales progresistas definidas, sino que son movilizadas por los líderes conservadores y por los medios de comunicación al servicio de un neautoritarismo populista. Esta realidad no excluye tomar en cuenta que, por otro lado, exista una franja de la sociedad que está dispuesta a movilizarse en apoyo de soluciones radicales reales, tal como se demostró en el apoyo a Causa Radical en las pasadas elecciones de Venezuela, o el apoyo recibido por el EZLN a partir de su aparición pública en 1994. El gran problema es una mayoría silenciosa que se mueve al compás de las soluciones conservadoras y autoritarias, sean éstas institucionales (como en Brasil, México y Venezuela hasta ahora) o no (como en Perú). ¿Cómo entender teóricamente este fenómeno de neoconservadurismo ideológico cultural de los pueblos latinoamericanos?

Dos elementos de carácter teórico contribuyen a delinear una explicación del

⁹ Con relación al Estado, situaciones de prolongación de crisis han sido caracterizadas como putrefacción del Estado, lo cual ciertamente evidencia una situación en la cual la sociedad se enreda en medidas inmediatas ante la ausencia de soluciones de fondo, lo que en el mediano y largo plazo va pudriendo la vida política.

contradictorio neoconservadurismo popular que caracteriza a los fenómenos de movilización social en la región. El primero tiene que ver con la constitución ideológica fundacional del Estado. El segundo con la lucha por la hegemonía en la política. Veamos cada uno.

Entender a los Estados modernos latinoamericanos obliga a remitirse a los diversos momentos fundacionales en los que se han suscrito pactos sociales entre las clases y grupos que representan a la mayoría de la nación; pactos de ordenamiento económico, político, ideológico general que una vez instaurados y legitimados, sea con movimientos revolucionarios o con reformas profundas, han determinado los márgenes de movimiento de las opciones ideológico políticas durante periodos prolongados y dan lugar a la forma del Estado en tanto expresión específica histórica y política de una relación de capital bajo los términos de la dependencia.

Momentos de esta naturaleza son la Revolución de 1910 y el Cardenismo en México, los acuerdos de la transición a la democracia en el Cono Sur, la Constitución brasileña de 1989, la renovación constituyente en Perú en los ochenta, la reforma constitucional en Colombia también de finales de los ochenta, la Constitución de Nicaragua de 1984, los acuerdos de paz en El Salvador de 1992. Ante las diversas crisis políticas de los años ochenta y noventa, las poblaciones de América Latina se mueven dentro de los márgenes de los pactos señalados, mismos que son la referencia para su actuar. Así, no es de extrañar que los brasileños hayan enjuiciado a Collor de Mello en los marcos de la nueva constitución y no hayan ido más allá con respecto a un enjuiciamiento del modelo económico impulsado por éste; que en Nicaragua hasta los alzados provenientes de viejos grupos de la contrarrevolución exijan la entrega de tierras en el marco de la constitución de 1984, que la crisis de la tecnocracia mexicana en 1988 haya tenido como trasfondo una abrumadora cauda de votos para el neocardenismo —en ese entonces no tan diferenciado del viejo cardenismo— y que las votaciones en Venezuela después de la caída de Carlos Andrés Pérez hayan beneficiado a Rafael Caldera, un expresidente conservador representativo del viejo pacto.

Las referencias del momento fundacional de los Estados tienden a delimitar las opciones espontáneas de la población. La importancia en el juicio popular que en la mayor parte de los casos han tenido tanto el Congreso como el Poder Judicial es altamente significativa en el mismo sentido. El poder público, los medios, los líderes de los movimientos, en general, ratifican las opciones establecidas por los pactos fundacionales y el resultado es que dentro de un ambiente conservador la sociedad expresa deseos de cambio sin que encuentre los horizontes para llevar la crítica más allá, hacia aspectos más profundos. La inconformidad se expresa ahora en formas conservadoras, sin embargo dentro

de esas formas se mueven posibilidades de lucha radical. Las crisis políticas recurrentes en Latinoamérica son tierra fértil para nuevas opciones. De ahí que junto a la manifiesta espontaneidad de los movimientos sociales se produzca una tensa lucha por la hegemonía entre las fuerzas políticas conservadoras y aquellas que se proponen una transformación.

La lucha por la hegemonía aparece como problema teórico y político central en las luchas sociales de estos años convulsos de fines de siglo en Latinoamérica. De ahí que en lo que se llama la derechización del mundo y que en América Latina se relaciona con la aparición de soluciones de tipo populista neautoritario (Fujimori, Menem, Salinas, Zedillo, etcétera), éstas tengan tras de sí una amplia política desarrollada por fuerzas identificables de ideólogos y políticos adscritos a proyectos de dominación de clases y fracciones de clases.

La hegemonía, empero, requiere de propuestas, de alternativas económicas, políticas, ideológicas y morales que no tienen todos los grupos sociales ni logran desarrollar todas las fuerzas políticas. De ahí que las más de las veces la lucha de las fuerzas capitalistas neoliberales por la hegemonía termine en políticas de gobernabilidad de corto plazo y ahonde las crisis políticas anteriores (México, Argentina, Brasil, Venezuela, etcétera). Entonces, en vez de caracterizar sólo como conservadoras las posiciones políticas de la población, para las fuerzas políticas del movimiento popular el gran reto es elaborar y aplicar políticas de hegemonía de largo plazo que incidan en los movimientos sociales.

Crisis de soberanía y de representatividad de los Estados

La mayoría de países de América Latina está actualmente atravesada por una crisis del Estado nación.¹⁰ Las referencias fundacionales de tipo nacional y popular de los Estados capitalistas modernos han sido debilitadas con las propuestas de reforma neoliberal del Estado. Los Estados han sido puestos al servicio del gran capital trasnacional, de la integración capitalista monopólica y han desechado su compromiso con el bienestar de la sociedad, con el empleo, con el desarrollo industrial, agrario y científico-técnico, con los requerimientos de la nación, y con la mínima soberanía económica y política ante los grandes centros financieros de poder. El efecto inmediato de dicha crisis de los Estados nacionales es la desestabilización de los sistemas políticos vigentes, tradicionalmente eficaces, como es el caso de Venezuela y México.

¹⁰ Véase Pablo González Casanova (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI-UNU, 1990; y del mismo autor (comp.), *Democracia y política en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1993.

La generalización de problemas relacionados con el funcionamiento del sistema político tiene que ver con la presencia de nuevos actores. Pero atrás de una posible desactualización de los sistemas políticos está el problema real de la crisis del Estado-nación. Puede, en efecto, haber remozamiento y modernización de los sistemas políticos y el Estado seguir igual de dependiente y subordinado a las oligarquías de poder económico y político transnacionalizado. Quizá una renovación de los sistemas políticos conlleve un lustro de gobernabilidad. Pero atrás estará la crisis política profunda que ha incubado la crisis del Estado-nación ante la globalización neoliberal.

Hay también un problema más universal. La década de los noventa nos muestra la crisis abierta del liberalismo político moderno y de la democracia representativa en el mundo. Repúblicas sin poder ni soberanía y pueblos sin incidencia e influencia política real. El verdadero poder está en manos de una oligarquía financiera transnacionalizada. Las instituciones políticas públicas en que se organiza la representación del poder público, así como los procedimientos electorales, son cada vez más un juego formal de legitimación y de legalización de burocracias cerradas y de núcleos de poder integrados con la oligarquía mundial.

La sociología del orden, que floreció durante la década de los ochenta, hizo a un lado el verdadero problema de la ubicación real del poder, acentuando cuestiones como la gobernabilidad, la ciudadanización, las políticas de socialización política a través de los medios de comunicación. Para dicha sociología el problema es la eficacia del poder y no *la naturaleza del poder*. Se trata de lograr el consenso o la aceptación pasiva de gobernantes y políticas que benefician a las oligarquías del dinero y la política.

Se está incubando también en la región latinoamericana una crisis profunda de la política que bien podría llevar a un distanciamiento esencial entre las concepciones y las políticas que aceptan y sostienen la concentración del poder en el Estado y aquellas que proponen que el poder se distribuya en la sociedad. Ciudadanos con derechos ante el Estado, con una participación formal en los procesos de legitimación de las decisiones pero despojados de una real influencia en los programas y las políticas que se aplican desde el Estado. No se ha socializado un derecho de los ciudadanos en el Estado, un derecho a determinar las políticas públicas y su realización. Los grupos de presión y de poder no son anulados ni contrarrestados por una ciudadanía formal, ni por la representación política general en el Estado moderno. La contradicción entre núcleos de poder real que dominan los aparatos de toma de decisiones y la ficción de participación ciudadana y partidaria se está incrementando en América Latina incidiendo en la crisis de la política asociada al liberalismo y a la democracia representativa.

En América Latina dominan y dirigen los núcleos de poder económico y político de las oligarquías del dinero y de la burocracia. Cuando la sociedad y sus organizaciones políticas presionan, se producen fenómenos erráticos como el golpe de Estado disfrazado en Perú bajo Fujimori, como los seudojuicios políticos a presidentes y sus familiares (Collor de Mello, Carlos Andrés Pérez, cuñados de Fujimori, la familia Salinas de Gortari, etcétera). La sociedad vuelve a la dinámica de participación liberal y representativa, sin poder incidir en la política económica, las políticas públicas o la toma de decisiones.

En la última década se han propuesto nuevas asambleas constituyentes en diversos países de la región. Propuestas asociadas a la búsqueda de una solución de fondo de las crisis políticas. El tema teórico de fondo es si en dichas constituyentes se podrá avanzar en el terreno real de una nueva democracia, proponiendo una fórmula real de distribución del poder que ahora concentra la burocracia, la propiedad y en la mayor parte de los casos también los partidos políticos. La fórmula que ha surgido en algunos países a partir de la reivindicación del comunitarismo como una opción de autogestión, con sus variantes nacionales y sus diversos acentos económicos, políticos o culturales, se presenta como una alternativa compleja pero real en un contexto local separado de los espacios urbanos centrales. Las más de las veces está asociado a contextos agrario-indígenas, o a situaciones de reivindicaciones locales urbanas parciales —movimientos urbano-populares en demanda de vivienda, servicios, seguridad, etcétera. La alternativa comunitaria no ha sido desarrollada en torno de una opción de distribución del poder nacional que contrarreste el autoritarismo de las ciudades y de los hilos nacionales. Sin embargo, la fuerza de proyectos de arraigo regional, comunitario y local nos muestra un camino para buscar otra forma de existencia del poder político y una nueva manera de existir de la democracia ante la crisis regional y universal de la política como espacio propio y ajeno a la sociedad en movimiento.

La experiencia universal es un tanto contradictoria y no siempre es verdad que las burocracias centrales y regionales, los partidos políticos y las organizaciones gremiales usurpan el poder y la soberanía de la sociedad. Sin embargo, las experiencias más cercanas en tiempo a América Latina, como la que muestra el colapso de los regímenes comunistas en Europa Oriental, la persistencia de un partido de Estado en China y en Cuba, o la manipulación electrónica de las masas en Estados Unidos y Europa Occidental, contribuyen a acentuar una percepción de crisis universal de la política.

Teóricamente el problema se puede plantear en términos de si realmente es posible vencer el autoritarismo inherente a la existencia de burocracias estatales centrales, a la dinámica dispersa y atomizadora del mercado y de las ciudades y a la organización centralizada y jerárquica de la fábrica. Fábrica, ciudad, Estado,

se entrelazan en una coherencia histórica universal de poder autoritario que atenta contra la real democratización.

Soberanía de la sociedad civil

Una cuestión teórica que mortifica crecientemente a los latinoamericanistas es la referida a la problemática existencia del Estado-nación latinoamericano en la globalización. Estado nación acosado por la globalización, la transnacionalización financiera y la omnipotencia del capital mundial frente a un trabajo social desarticulado, desorganizado y desmoralizado. La reforma del Estado en América Latina expresa demasiado nítidamente el incremento de poder del capital como para suponerla una modernización progresista y popular. La tendencia natural a defender la soberanía económica, política y cultural se enfrenta hoy día con el problema de que dichas soberanías no implican ya una defensa de un Estado burocrático autonomizado de la sociedad y depositario del proyecto nacional. De hecho, el propio encaminamiento del Estado hacia su achicamiento, la pérdida de su regulación sobre la economía y su debilitamiento económico con las privatizaciones, ha hecho que las sociedades latinoamericanas vean con reservas al Estado. Sin embargo, los elementos sociales, culturales, políticos y nacionales de la soberanía siguen pesando en las sociedades de la región.

Pensar las soberanías sin un poder estatal expandido y fuerte (en el sentido de autónomo) es el gran problema teórico actual de la región. Problema que significa pensar en la organización de la sociedad, en un mayor peso de los trabajadores y de las diversas expresiones del trabajo social, una autoorganización política de la sociedad en diversos niveles, etcétera. Significa también criticar la neooligarquización del poder económico y político asociada a las políticas de gobernabilidad; conlleva cuestionar la figura del neautoritarismo populista como salida a las crisis sociales y políticas y proponer verdaderas opciones de organización de un poder alternativo al que se expresa en una fuerza incrementada del capital.

Lejos de desaparecer o achicarse, ha crecido la presencia del trabajo social como eje creador de la riqueza social y como potencial para repensar el futuro de América Latina. En la forma capitalista de organización de la producción social latinoamericana —en lo que aún queda de ello—, el trabajo sigue siendo el componente productivo fundamental. Sin embargo, algo que cuesta entender al pensamiento cerrado que supone que al no presentarse abiertamente la contradicción capital-trabajo como eje de las luchas sociales éste último ha desaparecido, es que el trabajo social en América Latina crece y se desarrolla como un trabajo con mil caras: algunas directamente como trabajo fabril, pero

otras como trabajo informal, como aportación de género, como movimiento urbano por la vivienda, como identidad étnica, como propuesta cultural, etcétera.

El trabajo social sigue siendo el eje básico de la reproducción social latinoamericana, pero su figura política no es la del movimiento obrero o movimiento campesino exclusivamente, sino con las mil caras de los nuevos sujetos sociales y políticos que no por ello dejan de ser trabajadores. El reto teórico es fusionar las dos identidades en una fuerza única que no anule ninguna de sus expresiones. En ese sentido el movimiento indígena libertario y democrático, por ejemplo, no habrá que verlo dissociado de la potencialidad de los trabajadores agrícolas para incorporarse en un proyecto de soberanía económica productiva. Incluso los movimientos sociales nuevos que tienen una presencia efímera e inmediata tienen un vínculo esencial con el trabajo social. La energía creativa del trabajo, su capacidad productiva, su esencialidad económica se expresan en múltiples identidades sociales. No existe en realidad un conflicto entre la suposición de clase vinculada al pensamiento crítico universal anticapitalista y la suposición de nuevos y múltiples movimientos sociales que ponen en primer plano identidades específicas de género, de etnia, de barrio, de cultura ambiental, etcétera.

Los anteriores son algunos problemas del pensamiento social latinoamericano que han ido cobrando fuerza como problemas a desarrollar teóricamente para contribuir al desarrollo sociopolítico de la región.